

DOMINGO VI DEL TIEMPO ORDINARIO (B)
Homilía del P. Jordi-Agustí Piqué, monje de Montserrat
15 de febrero de 2009
Lv 13, 1-2. 45-46// 1Cor 10, 31-11, 1// Mc 1, 40-45

Queridos hermanos y hermanas Cristo:

El capítulo primero del evangelio de Marcos que vamos leyendo durante estos domingos, está todo él centrado en un único personaje: Jesús. La curación del leproso que hemos leído ahora mismo, nos muestra algunos aspectos de este Jesús que ahora querría subrayar y proponerlos a vuestra consideración.

La enfermedad, la lepra en este caso -la fiebre en el caso de la suegra de Pedro, tal como leíamos la semana pasada- es vista en el contexto evangélico como un elemento que lleva al que la sufre a la postración. El leproso, según la Ley del Levítico, quedaba proscrito; considerado impuro, tenía que permanecer en un estado de «muerte en vida» que lo condenaba al aislamiento más absoluto. Si en el Levítico estas prescripciones tenían finalidad sanitaria, en la práctica evidenciaban el abandono de Dios provocado, se suponía, por el pecado de la persona afectada por el mal.

La enfermedad estigmatiza la carne y el espíritu de este hombre que, denodadamente, se acerca a Jesús y, mucho más denodadamente, se le arrodilla delante, y lejos de advertirlo de su impureza ritual, le pide la purificación. Los gestos del leproso no nos hablan de él mismo. Nos hablan de Jesús que se compadece, y que compadeciéndose manifiesta su voluntad. Voluntad que se traduce en palabra y en acción. El decir y el hacer de Jesús comportan -en el instante- la desaparición de la lacra del hombre leproso: la lepra desaparece y el hombre queda puro.

Jesús es presentado como nuevo Moisés. Este aspecto queda aún más subrayado por el mandamiento del secreto mesiánico. Todavía no se puede manifestar aquello que sólo quedará patente en la Pasión, Muerte y Resurrección del Mesías. Este secreto mesiánico, acompañado del envío a cumplir la Ley, se transforma en anuncio de la Buena Nueva. El hombre enfermo, recobrando su dignidad humana, va hacia Jesús, lo reconoce, es curado y puede ir al encuentro de los suyos, cara a cara, de igual a igual, para proclamarles la acción de Dios.

¿Qué nos dice todo eso a nosotros, hombres y mujeres del siglo XXI que sabemos que las enfermedades tienen causas naturales y sus propios procesos de curación, pero que experimentamos, a veces en nuestra propia carne, el drama y la desesperanza del alejamiento del ser humano de Dios, no tan sólo a nivel cultural, sino incluso a nivel existencial?

El evangelio de hoy nos dice que la autoridad de Jesús radica en él mismo. Es una autoridad que hace levantar lo caído, devuelve la dignidad al alejado, al desesperado, no por el cumplimiento de una ley, sino porque Jesús es el rostro de Dios compasión. Pero esta compasión, lejos de ser condescendiente, hace actuar por sí misma a la persona hundida, por una gracia que no tiene contrapartidas ni hipotecas. Lleva al que se encuentra con Jesucristo, a salir de él mismo y a manifestar su fe; creo que no es forzar el texto decir que el encuentro con Jesús lleva a la persona humana a la luz, la hace levantar de su postración, la lleva a la plena realización, la hace resucitar. Porque la autoridad de Jesús, rostro de Padre, es la compasión, no el ejercicio del poder que somete, rebaja, aleja, proscribire y excluye.

Nosotros, hermanos y hermanas bautizados en Cristo, somos como el leproso, que por la voluntad de Padre y la misericordia del Hijo, somos sacados del pecado y de la muerte para ser devueltos al Pueblo elegido. En Cristo retornamos al pleno sentido de la persona humana. Sólo en Cristo encontraremos la fuerza para anunciar a Dios en medio de las exclusiones, injusticias, guerras y depresiones de nuestra época. Ciertamente no somos perfectos. Pero fijaos cómo el leproso empieza a ser evangelizador mucho antes que los mismos discípulos de Jesús, que lo abandonarán por miedo.

De hecho el pasaje del leproso anticipa la fuerza de la resurrección de Cristo. La curación es la plasmación de nuestro bautismo en Cristo. Sólo en Cristo encontraremos la razón de nuestra fe y el fundamento de nuestra ética de compasión, acogida y curación. Fácil no lo es. Ser cristiano no ha sido nunca fácil. En unos momentos en qué muchos falsos absolutos de nuestra sociedad se tambalean, es hora de que como cristianos dejemos oír más que nunca nuestra esperanza y nuestro gozo que tienen un nombre concreto: Jesucristo. Y creo sinceramente que hay muchos signos de esta esperanza cristiana: mirad sino el grupo de jóvenes que este fin de semana han convivido y rezado en Montserrat haciendo fiesta; mirad sino cuántos y cuántas en nombre de Jesús dan su vida por los enfermos y marginados de nuestro tiempo; mirad los que haciendo cultura edifican la propia fe que a la vez fortalece la propia cultura y la propia lengua; mirad sino este templo lleno de nuestras voces que cantan la gloria del Señor resucitado. Hay mucho de la fealdad de la lepra en los males de nuestro tiempo, cierto. Pero la belleza del Cristo resucitado triunfará siempre. Ésta es nuestra esperanza.

Pedimos esta gracia en la eucaristía. Gracia que viene del Padre por medio del Hijo y en la Fuerza del Santo Espíritu. Amén.